unomásuno
PAGINA 4
COLUMNAS 2-cols
POSICION S-1
FECHA 13-II-81

Plaza pública

Miguel Angel Granados Chapa

▶ ¿Y los políticos locales?
▶ Los que vienen de afuera

La clase política del estado de México fue explícita y enfática al demandar que el próximo gobernador saliera de entre sus filas. Le dijeron, con hechos, que no. Y aunque es previsible que sus miembros ejerzan la disciplina partidaria que se estila en estos casos, lo cierto es que se les ha inferido una lesión de las que, como dicen los abogados, tardan en sanar más de quince días y dejan cicatriz perpetua.

La situación en esa entidad se ha repetido en otras. El caso más significativo es el de Veracruz. Allí también, como en el estado de México, hay un personal político con mucho espíritu de cuerpo, y con potencialidades que le han conducido a que de sus miembros salgan secretarios de Estado y presidentes de la República. Cuando en ese contexto se les envía como gobernador a un funcionario del segundo nivel en la administración federal, sin experiencia electoral, sin cargos políticos propiamente hablando, sino de contenido técnico o administrativo, es natural que hayan experimentado una sensación de frustración.

Ciertamente, se trata de una cuestión difícil de resolver. Si se limitan las posibilidades de elección de un gobernante a las que brinda la clase política local, puede correrse el riesgo de prescindir del talento que se haya formado fuera de la entidad. Los poseedores de este talento, adicionalmente, están en posición de escapar a las presiones de los caciques locales y, situados generalmente fuera o por encima de las pasiones de grupo, quedan en posibilidad de arbitrar las diferencias entre clanes, consiguiendo así la armonía necesaria. De más está decir que ese género de soluciones son particularmente convenientes en épocas de crisis, cuando se trata de poner aceite sobre olas encrespadas.

Pero, en la otra cara de la moneda, debe apreciarse la conveniencia de alentar la formación de personal político que necesita de gratificaciones y estímulos. Entre ellos cuenta de manera principal el que no se vede a sus miembros el acceso a los principales puestos de elección, singularmente la gubernatura. Cuando a un hombre como José Guadalupe Cervantes Corona se le encarga el poder ejecutivo de su entidad natal, la clase política de Zacatecas recibe una confirmación de que la carrera política es una actividad que tiene sentido más allá de lo inmediato.

Las consecuencias de taponar con arribistas el trayecto que la clase política local se propone recorrer son varias, y graves todas ellas. Si con soluciones que no la toman en cuenta se cancelan sus posibilidades, los integrantes del personal político local incurren con mayor facilidad en el inmediatismo. Si no hay relativa certidumbre de que es posible hacer carrera política, y que el cargo al que se llega puede ser el último, las tentaciones de corrupción se hacen necesariamente más atendibles. Igualmente, no se logra la profesionalización de los políticos, por lo que es menester iniciar constantemente la ardua tarea de formar a los recién llegados.

En el caso particular del estado de México, como en otros, no se pone en duda la aptitud profesional del escogido, y acaso ni siquiera sus cualidades políticas. No obstante su inicial formación en la banca privada, Del Mazo tuvo ya ocasión de adquirir la perspectiva social y pública necesarias para gobernar, pues nada hay peor que el gobernante que estima semejantes al gobierno y a la empresa. Pero ello no quita que su nombramiento retrase el desarrollo de una clase política cada vez más dotada de conciencia de sí.